

cuatro lámparas votivas a miguel hernández

MIGUEL HERNANDEZ O LA SENCILLEZ

Existe una hermosa anécdota sobre nuestro gran poeta. Paseaba por el campo en compañía de un amigo y se inclinó de pronto ante un matojo de tomillo, a fin de arrancar con delicadeza una brizna de la planta, respecto a la cual confesó a su acompañante sentir especial predilección. El tomillo era el vegetal preferido de Miguel, quien, mientras hablaba con su compañero, acariciaba con cariño, como si de un ser viviente se tratara —tal vez una exótica avecilla—, al tallo y ramitas que sostenía en su mano. No en balde tiene esa planta sencilla adustez, nace silvestre en el monte, resulta sabroso condimento y presenta unas raíces retorcidas y descarnadas, como de ente torturado. Este vegetal de esquemática sobriedad y muy intenso olor es el símbolo más adecuado y representativo —¿lo intuía el pastor-poeta, el nuevo David?— de la lírica de este hombre tan racialmente ibérico.

MIGUEL HERNANDEZ O EL PUEBLO

Años atrás vi una impresionante fotografía en la que el hermano de Miguel, un hombre avejentado, rostro enjuto y surcado de arrugas, porte desmañado y semblante dolorido, mostraba un retrato pobremente enmarcado del más grande hijo de Orihuela. La escena acontecía en plena y desértica calle de pueblo. Miguel nació en un pueblo. Miguel escribió para el pueblo. Miguel era pueblo. Miguel deseaba convertir el pueblo en viento. Miguel escribió *Viento del pueblo*. Todos los astros de primera magnitud de nuestras letras han escrito para el pueblo y de él han sacado sus fuerzas creadoras. Por eso la literatura española es eminentemente popular, en el sentido más genuino de la palabra.

MIGUEL HERNANDEZ O EL AMOR

El periodista Tico Medina, entrevistador excepcional, se trasladó en cierta ocasión a las tierras alicantinas para dialogar con Josefina Manresa, la otra mitad de Miguel Hernández. Cuando una figura femenina abrió la puerta de la casa a la que había llamado el periodista, éste preguntó: “¿Es usted la viuda de Miguel Hernández?” Y obtuvo la siguiente respuesta: “No. Soy la mujer de Miguel Hernández”. En nuestro país, Miguel ha sido, junto con Pedro Salinas —¡tan distintos entre sí!—, el más excelso poeta del amor a lo largo del presente siglo. Además, todo él era amor, corazón desbordado. Por eso no ha dejado viuda. El amor no muere nunca.

MIGUEL HERNANDEZ O LA MUERTE

En Alicante, en el cementerio de la bella capital, un nicho corriente y moliente, sin rica losa funeraria, sin mármoles y sin adornos, guarda los restos de quien con su *Elegía a Ramón Sijé* —“compañero del alma, compañero”— escribió algunas de las más conmovedoras y hermosas estrofas fúnebres de todos los tiempos. En el nicho, un nombre: Miguel Hernández. Todo muy escueto, muy desnudo. Es lo más opuesto a un monumento. Y, sin embargo, constituye el monumento más exac-

to a la muerte. La muerte es tan parca en gestos y voces que hasta la llamamos la Parca, con mayúscula. La muerte todo lo despoja, todo lo arranca y no respeta nada ni a nadie, por lo que resulta el elemento asolador por antonomasia. La muerte nos deja más solos a los vivos y deja por completo solos a los muertos, al menos sus cuerpos, por lo que es también la fuerza desoladora por excelencia. Miguel Hernández, tan obsesionado por la muerte —asolamiento de la vida—, tan familiarizado con ella por su enfermedad y por la guerra, muerto tan trágicamente —desolación de la cárcel— y tan lúcido presentidor de su destino —“como el toro he nacido para el luto”—, posee, sin voluntad expresa de nadie, sin propósito deliberado, el mausoleo más acorde a su espíritu, la morada más idónea para la muerte.

HERNÁNDEZ O EL AMOR **josé carol**